

CAPITULO VIII

LA PEREGRINACION Á JERUSALEN

El arreglo y composicion de los ejercicios llevó á San Ignacio hasta el extremo de violentar su naturaleza en términos de perder toda su salud material. Con las costumbres adquiridas, el cuerpo se le desmayaba y enflaquecía por necesidad. La penitencia constante arrugó su piel y la pegó como un pergamino á los huesos, dándole aquella palidez, y aun aquel amarillor propio de la muerte. El ayuno estragó su estómago en términos, que no podía sobrellevar ningun alimento despues de haberse habituado al pan y al agua de continuo. Sus ojos tomaban el ardor de la fiebre, como se consumía su frente con los hervores de cien pensamientos parecidos á cien volcanes en erupcion eterna. El mismo padre Rivadeneira usa, para calificar el estado de Ignacio, á consecuencia de sus vigiliás, las palabras usadas por Cervantes para calificar las vigiliás de su héroe. «Se le pasaban, dice allá en el capítulo noveno de su obra, las mas noches de claro en claro.» Naturalmente, la consideracion y el respeto, que su héroe le inspiraban, impedíanle añadir aquel otro complemento, que se le ocurriera con tanta gracia y tanta sal á nuestro gran novelista, el cual decia que si don Quijote se pasaba las noches de claro en claro, tambien se pasaba los dias de turbio en turbio. Y verdaderamente de muy espesa turbiez debió ver aquejados los que á sus insomnios siguieron el buen padre Ignacio, que despues de mirarlos atentamente, parecióronle peligroso negocio. «Y examinando y tanteando bien por una parte y por otra todas las razones que de esto se le ofrecian, al fin acordó que seria mejor despedir las vigiliás y darles de mano, y dar al sueño el tiempo necesario

para su sustento.» Estos rendimientos y entregas de la indomable interior voluntad á las necesidades materiales, prueba como el hombre, para cumplir todos sus deberes y para realizar todos los humanos fines, debe tener en cuenta siempre su doble naturaleza. Estudiar el cuerpo y no estudiar el alma es achaque de materialista; estudiar el alma y no estudiar el cuerpo achaque de asceta. Como la fisiología y la psicología se completan, se completan tambien los deberes del cuerpo con los deberes del alma. Ignacio descuidó los deberes á su naturaleza material relativos; y bien pronto se vió asaltado por una espantosa enfermedad, que todos los excesos, aun los consumados por los mas puros móviles, llevan en sí naturalmente sus castigos, y están sujetos á una lógica y necesaria expiacion.

Quebrantado de cuerpo y alma, creyó encontrarse ya en el trance último de la vida y en los prodromos y agonías de la muerte. Sus biógrafos nos refieren que, al recoger su conciencia moral y examinar su vida pasada, tentóle con grandes tentaciones la soberbia y le sugirió la idea de su segura salvacion por justo y santo. Viéndose Ignacio sin temor á su fin postrero y sin recelo de las llamas eternas, creyó aquel pensamiento inspiracion de Satanás, y congojóse hasta evocar de lo pasado y traer á lo presente sus vicios de la mocedad, y sus errores y sus placeres de campamento y de cantina. Tronchábasele al asedio de los dolores materiales el flaco cuerpo y al asedio de los dolores morales el flaco ánimo; y veía su vida en aprieto y en no menor aprieto su salvacion y su salud eternas. Privóle del uso de la lengua su mal, y en la mirada errante y en el resuello fatigoso daba muestras claras del combate continuo que consigo mismo, con sus escrúpulos y con sus tentaciones interiores, empeñaba y sostenía. Cuando se sintió mejor, y pudo usar de sus facultades libremente, sobre todo, de su palabra, comenzó á dar alaridos de terror, como quien se ve por un salteador secuestrado; y conjuró á cuantos le rodeaban, para que si otra vez le viesen agonizante, le recordasen todas las ofensas, que con nacer sujeto al pecado y vivir impenitente en el pecado, había inferido á su Dios. Aunque sanara difícilmente, volvió á la penitencia y recayó en la enfermedad. Por tres veces consecutivas estuvo al borde oscuro del sepulcro, y por tres veces consecutivas le arrancó á ese borde la misericordiosa providencia de Dios. Sus mas entusias-

tas admiradores confiesan que porfiaba con tanto empeño en sus prácticas y arremetia con tanto teson al demonio hasta desconocer lo debido por cada hombre á sí mismo y hasta tocar en los excesos del suicidio. Sus fuerzas no bastaban á sobrellevar la inmensa pesadumbre de su obra. Pero, al fin, la experiencia de que iba contra los preceptos divinos en aquel andar léjos de lo racional y de lo posible; la gravedad de su dolor al estómago que le postraba en crónico dolor; la triste aspereza del tiempo metido en las lluvias y en las nieves y en las tormentas propias del invierno; los consejos de sus amigos, las súplicas de sus devotos, hiciéronle aceptar con mas resignacion las necesidades indispensables de su naturaleza y someterse mas rendido y resignado á los preceptos de Dios. La persuasion de los suyos en aquel entonces, llevóle á deponer el saco burdo de la penitencia y aceptar dos ropillas cortas, si bien de grosero paño pardillo, y cubrirse la cabeza con una media caperuza para la desgüeñada cabellera.

En el fervor místico de su ánimo, nada tan natural como la ocurrencia que tuvo por aquel tiempo y los medios varios que empleó para llevarla resueltamente á efecto. Esta ocurrencia fué la peregrinacion á Jerusalem. Pasma y maravilla el valor de los creyentes en tal edad. Sin conocer apenas la geografía, sin estudiar ni los medios de ida ni los medios de regreso, impulsados por su fe interior; cuando Soliman dominaba en Constantinopla y hacia temblar á Cárlos V sobre la cima de su imperio; cuando Barbaroja infestaba con sus naves piráticas las aguas del Mediterráneo; expuestos á desgracia mayor que la muerte, á la cautividad en los calabozos y mazmorras del infiel; dábanse á la vela primera que podian hallar al paso, y se iban por naciones en guerra, por mares berberiscos, sin curarse de si hallarian algun turco en el Bósforo que mandase al sultan su cabeza de regalo y algun árabe por la Siria que los cogiese para venderlos en los mercados de siervos; yéndose á la casualidad entregados; consultando solamente los impulsos instintivos é indeliberados de su cuerpo, á guisa de ave viajera que abre las alas y se libra de suyo á la merced y capricho de los vientos. El carácter capital de Loyola es un menosprecio desmedido por los medios indispensables á la realizacion de todo ideal pensado allá en los etéreos espacios de la mente. En cuanto leia un libro narrando la historia de cualquier anacoreta ó los milagros de cualquier

fundador, imaginaba que aquellas vidas trazadas entre las paredes del claustro, tras las visiones místicas de la penitencia, con los nervios exaltados y la imaginacion sobrecitada por el ayuno, sin mas fuentes históricas que las leyendas piadosas ó las tradiciones orales, obras todas ellas de un puro idealismo que no contaba con la realidad para proveer de asuntos á los sermones y á los cánticos, no obstante tales caracteres, podian cumplirse y realizarse por el esfuerzo de la voluntad individual y con el auxilio y la intervencion de los milagros. No de otra suerte aquellos paladines andantes de las viejas historias dábanse á errar por el mundo en requerimiento y busca de hazañosas aventuras; caballeros en sus trotones que los llevaban donde le parecia bien á su animal instinto; sin blanca en la noble alquicela, sin alforjas al hombro; fiados á que les asistiera en sus aflicciones la oracion de la dama de sus pensamientos ó que les acorriera en sus viajes, en sus combates, en sus encuentros, en sus malas venturas, algun desconocido encantador y algun extraño encantamento.

La ignorancia de Loyola en aquel tiempo era tal, que no habia oido ni nombrar á Lutero. De consiguiente, desconocia el camino que habia de seguir, los pueblos con que habia de topar, los peligros que habia de correr. Al verle de tal suerte desprovisto de toda nocion, y aferrado á los vuelos de su fantasía que le llevaban donde quiera que iba como si la realidad y el tiempo no existiesen, acuérdase uno de aquellos primeros cruzados, salidos de su casa con el nombre de Jerusalem en los oidos, pero sin ninguna idea de su camino en el cerebro; y que dirigiéndose siempre hácia el Oriente, creian haber llegado al término de su viaje, cuando apenas habian recorrido algun corto trozo; y tomaban por la ciudad santa la primera poblacion vista entre los celajes del crepúsculo tras un dia de cansancio. Las aves del cielo pueden, así que aletean, dejar el nido en los árboles, desconocer los padres que las han alimentado, y abrir sus alas para lanzarse al cerúleo infinito, seguras de que no las engañará su infalible instinto; pero los hijos del hombre, como aquellos franciscanillos de la Edad media, pobres y tiernos niños, los cuales, despues de leer las relaciones de algun peregrino y los versos de algun trovador, se iban á Jerusalem, sin guia y sin ruta; los hijos del hombre no pueden darse de esta suerte al instinto y á la ventura, sin

exponerse, ó bien á morir sobre las piedras de cualquier senda ó bien á tropezar en las mazmorras de cualquier tirano. San Ignacio se iba por su propio impulso á Jerusalem; y no sabia ni el camino que andar, ni los recursos que debía necesitar, ni el tiempo á medir, ni los riesgos á correr; entregándose confiado en brazos de la casualidad, como puede la hoja desprendida del árbol entregarse al giro de los vientos. No sabia mas lengua que la lengua vasca en su niñez aprendida, y la lengua castellana aprendida en su mocedad. El italiano, que comunicaba entonces unos con otros los pueblos mediterráneos, érale tan ajeno y extraño como el latin mismo, que comunicaba entonces los hombres superiores. Y carecia de toda nocion marítima, de toda idea geográfica, de todo estudio histórico, de toda noticia política, sabiendo tan solo que allá en Oriente habia un sitio donde Cristo habia muerto, sitio en cuyas piedras queria él, imitador de Cristo, rezar, y en cuyo suelo queria él dormir la muerte, aguardando así en el otro mundo una eterna bienandanza. Y no preguntó ni los caminos, ni pensó en los recursos para tanta empresa, contentándose con pensar que bastaba intentarla y quererla para cumplirla. A mayor abundamiento, queria ir solo y entregado á sus pensamientos. Cualquiera persona le molestaba, porque no podia estar dentro de él mismo; y no pudiendo estar dentro de él mismo, podia distraerle y divertirle de sus continuos pensamientos. Nada le importaban á él, nada, ni los enemigos de quienes habia oido hablar confusamente; ni las tempestades y tormentas que pudiera correr en el mar, á las cuales aplicaba la indiferencia con que veía, segun el sentido de sus ejercicios, todas las cosas criadas; ni las enfermedades contenidas en los ponzoñosos lagos, en los ardientes cielos, en los áridos desiertos. Si el martirio le sobrecogía, gran premio para él, seguro de no encontrar la eterna muerte por los caminos de la eterna vida. Y si llegaba sano y salvo á Jerusalem, cuantas mas angustias pasara, mas seguridad tenia de trocar aquellas piedras sacratísimas en las gradas de una escala mística, y subir como los ángeles de Jacob á las alturas del cielo.

Lo mismo que hiciera en su salida de Azpeitia, hizo en su salida de Manresa. Como entonces nada dijera á sus hermanos y á sus domésticos, los cuales con tanto esmero le cuidaran, tampoco dice nada en este momento á los frailes del monasterio que le acorrieran en todas sus enfermedades y le sacaran

de mil extraños peligros. Estos hombres predestinados á grandes fines históricos y que sienten una vocacion cuasi divina y que creen tener un ministerio cuasi providencial en la tierra, toman por norma de sus acciones la ingratitud mas negra. Impórtales poco el hogar donde han nacido, la familia con quien se han criado, los sitios y los amigos predilectos de la infancia, los corazones que dejan olvidados en los caminos de su vida pasada; en cumpliendo los universales deberes históricos, créense libres de todo deber particular y privado. El ayuntamiento de Manresa, en mil trances de muerte, socorrió á Ignacio con sus limosnas; y el monasterio dominico de Manresa lo tuvo en sus celdas como un fraile mas y lo amparó de igual suerte que amparara bajo aquellos sacros techos á sus mejores hijos. Pues nada comunicó ni á la comunidad municipal, ni á la comunidad religiosa de sus planes y de sus proyectos. Bien es verdad que tampoco se curó de su viático á Jerusalem, porque creia que reflexionar sobre las cosas de este mundo y procurárselas para empresa tan del otro mundo, como un viaje á Jerusalem, equivalia en el fondo á una desconfianza de Dios y de su pródigo socorro, siempre apercebidos al auxilio de las mas humildes criaturas.

Un dia viéronle desaparecer los manresanos sin que tuvieran de él ni un recuerdo ni una reliquia. Sigilosamente, y por vías y sendas extraviadas, habíase allegado á Barcelona. Halló allí un bergantin armado, que pasaba en aquellos dias á Italia; y decidió partirse á Tierra Santa en aquel bergantin; pero se lo estorbó una feliz aventura, entre las muchas y muy varias sobrevenidas, en cada instante, á su encuentro. Vestido con el traje de los peregrinos estaba en una iglesia de la ciudad, oyendo un sermón, sentado en las gradas del altar mayor, entre los niños de coro. Su atencion casi le habia petrificado; y las ideas religiosas, que pasaban por el interior de su mente á medida que las palabras caian en sus oidos, dábanle tales matices de idealismo al rostro que parecia resplandeciente á guisa de los rostros bienaventurados trascritos de la idealidad á la tabla por los pinceles santos de los pintores místicos. Una señora de calidad le observaba, y vió en su expresion tales signos celestes, que no pudo desecharla de su mente y de su memoria, completamente absorta en la idea y en el recuerdo de aquella extraña imágen. Y como entrara en su casa, y le dijera lo sucedido á su esposo, que estaba ciego,